

LA VISITA DE CARTER

bradamente que los Estados Unidos apoyarían una opción democrática: de una democracia segura y firme según un modelo que tienen prefabricado hace muchos años —desde el final de la segunda guerra mundial—, pero no aplicable en todos los países y en todos los momentos históricos. Al inclinarse por los Estados Unidos los hombres que hoy forman UCD, procederían de donde procederían, tenían muy claramente a

E. HARO TECLEN

DESDE mucho antes de llegar al poder, dentro de cualquiera de las asociaciones, familias, grupos o colectivos en que estuvieran, dentro de los puestos en que ejercían su oposición al régimen que les contenía, los hombres que hoy forman UCD habían elegido la opción de los Estados Unidos en el mundo. No era ningún disparate. De las otras dos posibles, la de aproximación a la Unión Soviética no era ni siquiera pensable, y el neutralismo no les parecía ni práctico ni posible. Aparte de una ideología muy concreta —de las ideologías concretas se puede siempre prescindir—, en el sentido del modelo de capitalismo democrático o del occidentalismo en general, los hombres que hoy forman UCD tenían una noción muy concreta de las realidades y del mundo de lo posible. En primer lugar, España ya estaba integrada y ellos no pensaban hacer ninguna revolución; incluso la palabra ruptura les ponía nerviosos. Se trataba, como siempre se ha dicho y como a fin de cuentas ha venido a resultar, de una reforma. Amplia, profunda, incluso espectacular en la forma, pero sin perder nunca de vista las líneas de fuerza y las clases dirigentes bien establecidas en el país. Para esas clases y esas fuerzas el neutralismo era equivalente al pro soviétismo; dicho más directamente, al comunismo. No era el primer país donde sucedía semejante cosa. Cuando en Grecia se preparaban unas elecciones que hubieran dado el triunfo al grupo de Papandreu, que se inclinaba al neutralismo, se le declaró comunista y se produjo un golpe militar.

En segundo lugar, algunos pensaron que para su reforma iban a contar con los Estados Unidos y que esa ayuda era indispensable. No se sabía bien lo que iba a suceder a la muerte de Franco, pero se sabía so-





Nada debe forzar a los españoles a aceptar un ingreso en la OTAN y la continuación de la alianza con los Estados Unidos. Lo que requiere este tema es un amplio debate nacional, que debería terminar, si el caso lo requiere, en un referéndum. Sobre estas líneas, los líderes de los siete países más industrializados de Occidente en la cumbre de Venecia; en la página contigua, Madrid se prepara para recibir a Carter, empavesando de banderas su itinerario.

la vista no sólo el apoyo a sus deseos políticos personales, sino unas razones políticas y, en su punto de vista, patrióticas, bastante claras: la inclusión en un mundo económicamente bien situado, la seguridad militar y la ayuda económica para sacar adelante a España, bastante maltrecha por el largo período de dictadura en cuyos últimos años estaban participando.

La existencia de la integración de España en el sistema de los Estados Unidos, primera de las grandes razones para esta opción, venía de antiguo. Los Estados Unidos apoyaron a Franco en el momento en que les fue posible para no perder demasiado la cara sosteniendo un régimen que había estado al lado de quienes fueron sus enemigos en la guerra mundial y que estaba sometido a un bloqueo por parte de las democracias occidentales. Los Estados Unidos entonces apoyaban toda clase de dictaduras que les aseguraban la contención del revolucionarismo de los pueblos: en Corea o en el Oriente árabe, en Latinoamérica o en África. Lo mismo daba Trujillo que Syngman Rhee o Nuri Es-Said. Que llamaran a ese conglomerado de naciones tiranizadas "mundo libre" era un puro juego semántico. En realidad habían aprendido la democracia dentro de los grandes imperios y la ejercían así. La democracia se distinguió ya en la época de Pericles porque fun-

cionaba para una minoría metropolitana —y aún dentro de la metrópolis había quienes estaban excluidos de sus beneficios: los metecos, los ilotas— a costa de una colonización exterior. No otra cosa habían sido los imperios europeos: la democracia británica era ejemplar dentro de las islas —con la excepción de Irlanda, evidentemente— y actuaba como una tiranía en la India o en Egipto; la francesa tenía las mismas características con la explotación de Argelia, Marruecos o Indochina. El mundo es los "happy few". Franco, por lo tanto, era útil en España dentro de la guerra fría. Alemania estaba dividida y maltrecha por la derrota, en Francia los partidos comunistas ocupaban el segundo lugar electoral y quizá hubieran ocupado en algunos momentos el primero de no ser por unas leyes electorales oportunamente establecidas. El mundo estratégico, militar, la ciencia y la industria del armamento eran muy distintas entonces de lo que son ahora. España era una retaguardia segura, una plataforma admirable para las armas y los aviones. Era incluso más barata —en ayuda contante y sonante— de lo que habían costado otras alianzas europeas: el generoso Plan Marshall.

Desde entonces, todo ha cambiado. La guerra fría tuvo un fin, comenzó una coexistencia, funcionaron unos acuerdos de

desarme, incluso una cooperación económica entre Estados Unidos y la URSS: aunque haya vuelto ahora la guerra fría, lo hace en otras condiciones, sin la agria dureza de los tiempos del puente aéreo sobre Berlín. Han cambiado fundamentalmente las armas y, por lo tanto, la estrategia, y si España fue llamado "portaaviones", hoy un portaaviones tiene otra importancia. Ha cambiado el tipo general de las relaciones de los países comunistas: China es una casi aliada de los Estados Unidos —actúa como si lo fuera—, los países comunistas tratan de desanudar como pueden —pueden mal— su alianza con la Unión Soviética; los partidos comunistas ya no son los seguidores entusiastas de la URSS. Más bien son los países que los albergan los que piden ayuda contra ellos a los Estados Unidos y los que los siguen definiendo como pro soviéticos, como acaba de hacer UCD con el Partido Comunista español. La era de la abundancia ha terminado, hay problemas económicos para todos. Los Estados Unidos se encuentran en dificultades con el Tercer Mundo, empiezan a encontrarse más distantes de Europa. Los países europeos, a su vez, encuentran problemas en su alianza con Estados Unidos: temen que su política para con los países subdesarrollados productores de materias primas esté arruinando su economía y temen que la

política de fuerza surgida en los últimos meses en Washington les lleve a la guerra —se piensa muy seriamente en ello— y en el mejor de los casos a una ruptura con la URSS y los países comunistas que alcance sus negocios internacionales: y altera seriamente el equilibrio político y social que habían conseguido en estos últimos años.

Todos estos cambios, de signos muy diferentes, hacen que la situación sea bastante distinta de cómo se planteaba en los tiempos de Franco y en los tiempos en los que los hombres que hoy forman UCD estaban en una posición discreta, pero segura. También ellos han cambiado: ocupan el poder. Su actuación en materia de política internacional ha sido y es confusa, poco clara, excepto en un tema: su adhesión a los Estados Unidos y al sistema político y militar que representan. En la práctica, esta adhesión no ha dado parte de los frutos que se esperaban. La integración de España al mundo occidental no se ha hecho por las vías institucionales previstas: ni el Mercado Común ni la OTAN. Se esperaba un cierto desbloqueo de actitudes contrarias a España y no ha sucedido. Ni nadie devuelve Gibraltar, ni el Mercado Común nos abre sus puertas, ni estamos en la OTAN: ni la ayuda económica que se esperaba de los Estados Unidos ha llegado de ninguna manera, o ha llegado de manera insuficiente.

LA VISITA DE CARTER

En todo ello estamos como estábamos a la muerte de Franco.

En el momento en que los hombres que hoy forman UCD pensaban en los Estados Unidos las circunstancias, como hemos visto, eran otras. En esto, como en otros extremos de política nacional e internacional, dan ahora la sensación de que están actuando como pensaron actuar entonces, y no adoptan los cambios a que las circunstancias les presionarían. Entonces Europa y los Estados Unidos formaban un conglomerado bastante coherente; hoy no. España tendría que adoptar una posición más matizada. No lo hace. Ha llegado tarde. Está llegando tarde al Mercado Común. Si vemos de cerca los problemas que tenemos en estos momentos con Francia podemos sentirnos desechados y defraudados: si los vemos con una distancia mayor podremos comprender mejor el fondo de la cuestión. Los agricultores franceses no están alirados contra los productos españoles que pasan por su territorio: lo están con el Mercado Común y con su propio Gobierno. Giscard, al pedir la famosa "pausa" para las negociaciones con España y con Portugal, no solamente está buscando votos, como dicen aquí los que a su vez están buscando votos, sino que está temiendo que una Comunidad maltrecha como lo está ahora, con dificultades prácticamente insuperables para resolver sus problemas por la pobreza de Inglaterra, cargue con dos pobrezas más que deterioren hasta el infinito su situación precaria. Pero tanto Francia como Alemania Federal temen ya que Gran Bretaña esté más inclinada a los Estados Unidos —lo está— que a Europa: el Mercado Común, la Comunidad Europea, no es sólo una institución económica, sino también política. Temen que España y Portugal, muy declaradamente aliadas de Estados Unidos, se unan a esa especie de caballo de Troya americano en Europa, precisamente en un momento en que se trata directamente de negociar con los países subdesarrollados, especialmente con los productores de petróleo, como se ha visto en la conferencia de Venecia.

Con todo ello, la situación económica y política internacional de España es bastante mala, y el Gobierno de UCD no está en condiciones actualmen-

te de enfrentarse con ella. Naturalmente, no bastan las frases huecas con que se califica. Es soberbiamente inútil decir que "no nos quieren", como si todo esto fuese una cuestión de amor. Se transforma todo muy fácilmente y ya hay quien lo hace, en el sentido de decir que igual daba democracia que dictadura, puesto que de todas formas "no nos quieren": con lo cual parece significarse que se aceptase la democracia para que nos quieran y nos admitan en su concierto las otras democracias: lo cual, sin duda, parecía una condición inevitable. En el mismo plano de error está la acusación frenética de considerar como pro soviéticos o servidores más o menos solapados de Moscú a aquellos que pidan algo de reflexión y algo de opinión antes de decidir abruptamente la entrada en la OTAN. Es evidente que el compromiso militar y político con el mundo occidental está en estos momentos inclinado a los Estados Unidos y que los Estados Unidos desean la entrada de España en la OTAN: significaría no solamente una transferencia de gastos militares, sino también una amistad firme en el seno de una alianza donde ya está hecho —años ha, con De Gaulle— la distancia de Francia y donde se pueden producir otros distanciamientos.

Es una torsión brutal de la realidad convertir en pro soviéticos a aquellos que no desean la entrada de España en la OTAN. En primer lugar, parece que el número de pro soviéticos en España es tan mínimo que no tiene ningún valor político, ni siquiera numérico en una cuestión electoral. No afecta ni siquiera al PCE, tan crudamente atacado por un comunicado de UCD.

Sin embargo, parece que el número de opuestos al ingreso de España en la OTAN es muy numeroso. No sólo por la clara toma de posición de los dos partidos de la izquierda y por un número importante de militares de generaciones jóvenes —según dice la revista "Defensa", por una encuesta entre sus lectores—, sino porque hay una opinión pública que cree en una tradición de neutralidad española, que incluso Franco supo preservar nominalmente, aunque llegara a la situación de "no beligerancia", en la última guerra mundial. Esa parte de opinión cree que no son los intereses españoles los que están en juego en la actual pugna entre Estados Unidos y la URSS, y muchos creen que no

siquiera los intereses reales de los Estados Unidos, sino los que representa Carter y su situación electoral, y un momento psicológico muy preciso en la historia de los Estados Unidos.

Y en esta tensión se produce la visita de Carter a Madrid. Es una visita de segunda mano. Va a Venecia, a la negociación de los países más ricos del mundo —llamados modestamente "industrializados"— y hace tres etapas de países pobres: Yugoslavia, España, Portugal, para regresar a su país. Sobre Yugoslavia va a ejercer una especie de acción de reparación por no haber acudido a los funerales de Tito —no quería encontrarse con Brejnev directamente—, pero, indudablemente, va a tratar de una penetración americana dentro de una neutralidad establecida. Portugal es un país de la OTAN y desde el cambio a la derecha, cada vez más pronunciado, un aliado directo y firme de los Estados Unidos, que no ha vacilado en seguir el mismo camino de Washington en las cuestiones de Afganistán y del Irán.

España es un país distinto. Tiene una alianza firme con los Estados Unidos, fijada en unas bases de gran importancia todavía, a pesar del cambio de la estrategia global, porque si ya no representan enteramente lo que pudieron representar para una cuestión en Europa, siguen siendo muy válidas y muy importantes para cualquier acción de los Estados Unidos en otros puntos: en todo el Mediterráneo, en el Irán, en el Oriente árabe, en África. Se asegura que hasta ahora no han sido utilizadas en ninguna de las intervenciones efectuadas; nadie puede asegurar que no vaya a ser así en el futuro. A pesar de esa alianza, España es un país oficialmente neutral, porque no pertenece a la OTAN y al Pacto de Varsovia. Por ello se va a celebrar aquí la Conferencia de Cooperación y Seguridad en Europa, como antes se celebró en Helsinki y en Belgrado: España, Finlandia, Austria, Yugoslavia y Suiza son los cinco países considerados como neutrales en Europa.

No es tan descabellado, ni pro soviético, ni antiamericano, pedir la continuación de esa neutralidad y su ampliación rescindiendo, cuando llegue el momento, el acuerdo militar con los Estados Unidos. Es cumplir una posibilidad de España dentro de su contexto geográfico real —Europa— y de su contexto económico creciente, el Tercer Mundo. No parece muy

claro que nuestra economía se vaya a resolver por el camino del Mercado Común, porque nuestra economía —y nuestro trabajo y nuestros problemas industriales, técnicos, científicos— se aproximan al mundo del subdesarrollo; no parece muy claro que nuestro sistema de defensa y nuestros compromisos de política internacional vayan a resolverse con un ingreso en la OTAN.

Es obvio señalar que el viaje de Carter, las horas que va a pasar en nuestro territorio, tiene exclusivamente significación y no ejecución. Todas las negociaciones con los Estados Unidos se están llevando a otros niveles: desde el diplomático por definición —el de las Embajadas— hasta los continuos contactos de delegaciones, misiones y visitas. Lo que tiene la visita de Carter es significación: importante para Suárez, en el sentido de mostrar que su soledad internacional no lo es en ese aspecto; importante para Carter, que busca amistades en Europa; y amistades capaces, además, de dialogar con árabes y americanos latinos, y de servirle de buen intermediario en momentos dados.

No hay más allá. Pero dentro de esa línea de significantes habría que escuchar todos los discursos y analizar todas las palabras que se pronuncien, que van a ser muy abundantes, y el comunicado final.

Pero nada debe obviar una resolución final del pueblo español. Nada debe forzarnos a aceptar un ingreso en la OTAN y la continuación de la alianza con los Estados Unidos: nada que signifique degollar la opinión pública con la facilidad con que se degüellan autonomías por vías menores de la Constitución o debates de censura por el camino de la "moción constructiva". Lo que requiere todo este tema es un debate nacional, amplio y detallado, del que formaría parte un debate parlamentario con fijación abierta de posiciones y con interpretaciones al Gobierno, que debería contestar no por la evasiva de los "discos rayados" —como el señor Saha-gún— o la dialéctica de los delfines de UCD, sino con concreción y claridad. Y ese debate nacional, por todos los medios de comunicación honestamente empleados y con todas las opiniones válidas y caracterizadas debía terminar, si el caso lo requiriese, con un referéndum: una vez que el votante estuviera claramente informado. E. H. T.